

Memoria histórica de Arturo Cerdá Olmedo

Servidor, prisionero y oponente de ambos bandos

Enrique Cerdá Olmedo
Miembro de la ACACYR,
bisnieto e hijo de Arturos Cerdá.

Sumario

En su niñez, Arturo Cerdá Olmedo fue un modelo favorito de su abuelo, el médico y fotógrafo epónimo de la Asociación Cultural Arturo Cerdá y Rico. Prestó servicio militar en la guardia

de Niceto Alcalá Zamora, Presidente de la Segunda República española. Durante la guerra civil fue Secretario técnico de la Colectividad de Cabra del Santo Cristo; llamado a filas, en el frente de Teruel cayó



Fotografía de Cerdá y Rico en su casa con sus nietos en 1918: 1 Enrique Olivares Cerdá 2 Arturo Cerdá Raya, 3 Joaquín Cerdá Vera, 4 María Cerdá Olmedo, 5 Arturo Cerdá y Rico, 6 Arturo Cerdá Vera, 7 Rosario Cerdá Olmedo, 8 Arturo Cerdá Olmedo, 9 José Cerdá Olmedo, 10 Alejandra Cerdá Olmedo, 11 Jesús Olivares Cerdá.

prisionero de los insurgentes, que le pusieron en libertad y le incorporaron a las suyas. En el frente del Ebro cayó prisionero de la República. Se fugó del castillo de Cardona, huyó a Francia y regresó a España poco antes del fin de la guerra. Reprobado por ambos bandos, estaba seguro de que tanto el comunismo como el franquismo se extinguirían por sí mismos, pero no vivió para comprobarlo.

Niñez. El picarillo de las fotos.

Pocos niños de su generación fueron fotografiados tanto como los nietos de Arturo Cerdá y Rico, el médico de profesión y fotógrafo por devoción nacido en Monóvar y establecido en Cabra del Santo Cristo (en adelante, solo Cabra).

Su obra es paralela a la de los grandes escritores realistas de su tiempo, desde Eça de Queiroz en Portugal a Dostoievski en Rusia; la realidad que prefieren no es la naturaleza ni la obra del hombre, sino la vida misma de sus contemporáneos, presentada más como ficción que como biografía: Fortunata, Jacinta y la Regenta son ficciones que comunican realidades. Las emulsiones fotográficas de Cerdá y Rico exigían tiempos de exposición largos; sus sujetos tenían que ser actores que fingieran vida, o sea, movimiento, quedándose absolutamente quietos. Iniciada así la sustitución de la realidad por la ficción, Cerdá y Rico se dejó llevar por su formación como pintor en la Real Academia de Bellas Artes de Madrid para componer sus fotos, actuando muchas veces como escenógrafo más que como observador de una realidad preexistente.

Cuando no se iba a Granada o viajaba a ciudades entonces lejanas, como Venecia y Tánger, o a lugares entonces casi inaccesibles, como la Sierra de Cazorla, Cerdá y Rico retrataba a su familia y a sus vecinos en su ambiente y en su casa de la calle de la Palma

12, que había diseñado como su estudio fotográfico. En su matrimonio tuvo 12 hijos, de los que solo 6 llegaron a la edad adulta y con el tiempo han dado lugar a 26 nietos, 50 bisnietos y 79 tataranietos. Sus modelos más frecuentes fueron los nietos que mejor fingían el movimiento en la quietud y mejor interpretaban las direcciones escénicas de su abuelo. Mi padre, Arturo Cerdá Olmedo, hijo de Enrique Cerdá Serrano, fue uno de los nietos preferidos del fotógrafo porque transmitía viveza y picardía en la interpretación de escenas de la vida cotidiana, no solo de los niños, sino de los adultos. Su carrera como modelo y actor mudo se extendió desde su nacimiento el 13--04-1911 hasta cerca de la muerte de su abuelo en 1921. La mayoría de sus fotos fueron destruidas más tarde por herederos opuestos a divulgar fotos de familia.

Cerdá y Rico vivía holgadamente, pero no se preocupó ni de acrecentar su capital ni de educar a sus hijos para que tuvieran otros ingresos que los que heredaran. La excepción podría haber sido la única hija, Pura Cerdá Serrano, que hubiera podido llegar a ser una buena soprano de ópera si no hubiera sacrificado la carrera a su matrimonio y a criar 10 hijos y 25 nietos. Casi veinte años antes de su muerte, Cerdá y Rico, ya viudo, transmitió sus propiedades a sus hijos a cambio de una pensión. Enrique Cerdá Serrano heredó todavía soltero la finca La Higuera, extensa, montuosa e infértil, a unos 4 km al este de Cabra, se casó con Alejandra Olmedo Herrera, «la Niña Alejandra,» y construyó su vivienda en la calle Santa Ana 34, contigua a la de su padre.

El general Primo de Rivera, durante su «dictablanda», trató de atraerse la colaboración de todos los grupos sociales y consiguió las del Partido Socialista Obrero Español y la UGT, cuyo secretario general, Francisco



Casa de Enrique Cerdá Serrano (la de tres plantas, en construcción), contigua a la de Cerdá y Rico (a la derecha). Fot. de Cerdá y Rico.

Largo Caballero, dirigió las relaciones de la administración con los obreros. En 1925 el dictador fundó el partido Unión Patriótica con la intención, al menos teórica, de integrar a la clase media. Enrique se afilió y fue concejal del pueblo cuando era alcalde su correligionario Miguel Olmedo Rodríguez, «el Tío Miguelico.» Miguel era una figura en ascenso, que había vendido las malas tierras de Cabra que le habían tocado para comprar la finca Las Hermosillas, a unos 17 km al norte de Cabra, a menos altitud y ribereña del Guadiana Menor, que ofrecía muchas posibilidades a quien fuera muy trabajador y buen negociante. Vivía con su suegro en la vetusta Casa Grande, frente al Ayuntamiento. Mis padres, Arturo y Magdalena, eran hijos de Enrique y Miguel respectivamente; por eso mis apellidos son indistinguibles de los de mi padre.

Cabra atraía inmigrantes que se mezclaron con los cabrileños. Cerdá y Rico vino de Monóvar durante la breve Monarquía de Saboya y su suegro, Saturnino Serrano, de Morales del Campo (Valladolid), durante la

Segunda Monarquía borbónica. Por la misma época, dos hermanos Olmedo Callejas, venidos de Valladolid, se casaron con dos hermanas Caro Sánchez de Cabra y fundaron familias en Cabra y en Pulianas (Granada). Miguel y Alejandra eran doblemente primos segundos por ser nietos cada uno de una de esas parejas. Otro Olmedo Callejas se asentó en Granada.

Juventud. Centinela del Palacio de Oriente.



Sello soviético de 1977 en honor del académico N. I. Vavilov.

Arturo se inició desde muy joven al trabajo en el campo, al mismo tiempo que cabalgaba la comarca, se aficionaba a la lectura y era un buen estudiante. Recordó siempre con entusiasmo haber acompañado a una expedición de rusos que exploraron la vegetación de Sierra Mágina. Imagino que se refería a la de Nikolai Vavilov, que recorrió los cinco continentes reuniendo la mayor colección mundial de semillas de plantas

cultivadas y de plantas silvestres relacionadas. Quería descubrir los orígenes de las plantas cultivadas y los mecanismos de su domesticación e identificar rasgos de las silvestres que pudieran transferirse a ellas por cruzamiento para mejorar su adaptación a distintos ambientes o su resistencia a plagas. En la Unión Soviética y en todo el mundo científico era reconocido como una de las máximas figuras de la Agronomía y la Genética. Sus notas de viaje, incompletas y retocadas, han sido publicadas como su brillante libro póstumo «Cinco continentes». La administración de Primo de Rivera le recibió muy amablemente y facilitó un agotador recorrido por toda España. En julio de 1927, volviendo de Sevilla y Córdoba a Madrid, usó Linares como base para la exploración de sus alrededores. Su libro menciona otras expediciones con los mismos objetivos a varios países, incluida España; ignoro si alguna volvió a Mágina durante la República, pero el ambiente científico en la URSS había degenerado muy deprisa. En 1929 un arribista, Trofim Lysenko, convenció a Stalin de que la Genética «mendelista-morganiana» era un falsedad urdida por los capitalistas para denigrar la sustitución revolucionaria de su clase por la obrera; en su lugar propuso una confusa pseudociencia, la Genética «michurinista». Muchos biólogos fueron ejecutados, muchos más encarcelados y Vavílov murió de hambre en la prisión de Sarátov en 1943. Durante el mandato de Jruschov la Genética y Vavílov fueron rehabilitados.

Enviado por su padre, Arturo estudió tres años en Madrid y obtuvo el título de Perito Agrícola. El ambiente madrileño hervía en los tiempos convulsos de la gran crisis económica mundial, la caída de la Tercera Monarquía borbónica y la proclamación de la Segunda República. Arturo se entusiasmó con las nuevas ideas y se afilió a la Federación Universitaria Escolar (FUE), sindi-

cato de estudiantes republicanos que había sido fundado por un alumno de ingeniería agronómica en tiempos de Primo de Rivera. Llamado a filas, su estatura, esbeltez y republicanismo le cualificaron para ser guardia en el antiguo Palacio Real, que, en un curioso círculo vicioso, había sido renombrado Palacio de Oriente porque uno de sus lados da a la plaza de Oriente, así llamada porque está a oriente del palacio; ni uno ni la otra está a oriente de Madrid. El guardián era más radical que el guardado, el presidente de la República Niceto Alcalá-Zamora, que sería destituido por el Frente Popular en 1936.

Arturo regresó a Cabra, donde trabajó en La Higuera, se identificó con la izquierda en los continuos conflictos sociales y cortejó a Magdalena, hija de Miguel. Los novios «pelaron la pava» por un tiempo a través de una ventana enrejada de la Casa Grande.

Secretario técnico de la Colectividad

El Alzamiento de 18-07-1936 no solo privó a la República de su autoridad sobre el territorio insurgente, sino que en el suyo, armados los partidos fieles y dudosas las fuerzas públicas, los dirigentes frentepopulistas locales se arrogaron niveles de autonomía inimaginables. En Cabra, el alcalde, Sebastián García Ferreiro, «Sebastianillo», del PSOE, y el secretario local del Partido Comunista, Dionisio Torralbo Belmonte, «el Sastrillo», convirtieron todo el término municipal, más de 18000 hectáreas, en la Colectividad de Cabra de Jaén, evidente remedo de las *empresas colectivas* de la agricultura soviética cuya abreviatura silábica era *koljós*. La Colectividad ocupó viviendas particulares como la Casa Grande, donde estableció su sede, y la de Enrique, dejando algo de espacio a los propietarios. La lejanía, los malos caminos y la voladura del puente del río

Jandulilla facilitaron una autonomía extrema; la Colectividad pagaba a sus empleados en vales propios y los billetes de banco no tenían valor si no eran firmados por su autoridad. El alcalde y el secretario local eran relativamente moderados y hubo en Cabra menos violencia que en otros pueblos de la comarca, pero, como en ellos, los jornaleros se convirtieron en milicianos de retaguardia sin orden ni disciplina. Tener un carnet del Frente Popular se volvió casi indispensable; como los partidos multitudinarios eran muy selectivos en las afiliaciones, el Partido Comunista creció muchísimo poniendo pocos reparos y los nuevos camaradas de clase media solían

llamar *escapulario* al carnet al que confiaban su salvación.

Deudas pendientes y viejas rencillas se saldaban con asesinatos expeditivos. Los milicianos de los pueblos y sobre todo los mineros de Linares recorrían la comarca deteniendo a todo el que les parecía señorito o no suficientemente inculto. Así ocurrió en Larva a Indalecio Olmedo Rodríguez, hermano de Miguel, que fue encarcelado en Úbeda. El 28-08-1936, unos milicianos *sacaron* a los presos; 47 de ellos murieron fusilados al salir. En mi familia oí decir que, para no malgastar munición, Indalecio fue degollado en la fuente central del patio del actual Parador Nacional.



Prisión provincial de Jaén durante la Segunda República.

Los presuntos enemigos del pueblo fueron encarcelados en oleadas sucesivas en el Ayuntamiento de Cabra y trasladados luego a Jaén, cuya prisión provincial resultó pronto muy insuficiente y se habilitó la catedral a ese uso. Entre los presos estuvieron los hermanos Enrique y Julio Cerdá Serrano y Miguel y Bernardo Olmedo Rodríguez y el

hijo primogénito de Miguel (también llamado Miguel), así como Alejandra, esposa de Enrique, y las cinco hijas adultas de ambos. Bernardo, uno de los primeros detenidos (22-07-1936), murió en 1937 en la cárcel provincial de Jaén; los demás sobrevivieron a sus prisiones. Los hijos menores, Salvador Cerdá Olmedo y Gaspar Olmedo Medi-

na, fueron empleados por la Colectividad; muchos años después, Gaspar presumía de haber servido como cagarrache de almazara. El hijo intermedio de Enrique, José («Pepe»), fue reclutado y la hija menor de edad se acogió a la casa de Julio mientras las demás estuvieron en prisión.

La catedral de Jaén, obra maestra de Andrés de Vandelvira y otros grandes arquitectos renacentistas y barrocos, es uno de los peores baldones en la historia del Frente Popular. Los cientos de presos asesinados en *sacas*, *paseos*, represalias y traslados nunca llegados a sus destinos dieron lugar a escándalos periodísticos y políticos, incluso internacionales, y han sido reflejados en muchos libros. Una de las represalias siguió al bombardeo de Jaén (01-04-1937) por aviones alemanes, a su vez represalia inmediata al de Córdoba por aviones rusos, en ambos casos pilotados por españoles. Se dice que causó más muertos el bombardeo de Jaén que el posterior de Guernica. Entre ellos estuvieron Ricardo Olmedo Rodríguez, hermano de Miguel, y su esposa, Consuelo Olmedo; la hija de ambos, que había salido esa tarde a buscar algo para comer, encontró a la vuelta su casa arrasada. Menos conocido es el ambiente en la catedral, que con unos tres mil metros cuadrados de planta albergó hasta un millar de presos, de modo que se usaban capillas como evacuatorios. Pocos nuevos ricos han hecho aguas en ambientes tan ricamente decorados. Al hacinamiento se añadían la suciedad, los piojos, el maltrato, la inactividad y el hambre, mal paliada a base de aceitunas. He visto cabezas talladas por Enrique en huesos de aceituna con ayuda de un alfiler.

En completo contraste, Arturo fue nombrado Secretario técnico de la Colectividad. Poco poder debió tener porque fracasaron todas sus gestiones para liberar presos, ni siquiera a sus padres y al padre de su novia.

Consiguió al menos detener una hoguera de cuadros de la iglesia: «No los quemem -dijo-, los capitalistas extranjeros los pagarán bien». Después de la guerra los vendió un párroco; de allí proceden el San Ignacio y el San Francisco Javier del altar mayor de la iglesia del Sagrado Corazón de Granada.

Como Secretario técnico, Arturo se enfrentó en la Colectividad a una misión imposible. Entonces no existían los trigos enanos de ciclo corto que se cosechan en primavera; los jóvenes de ahora deben pensar que «hacer su agosto» se refiere a los chiringuitos playeros. La cosecha de 1936, que se presentaba esplendorosa, se perdió en parte por los conflictos obreros asociados a la llegada del Frente Popular y aún más por el caos que respondió al Alzamiento. Los saqueos de casas y cortijos produjeron una orgía de consumo que exterminó el ganado y vació los almacenes y los graneros. Arturo no sabía cómo reservar grano para las siembras de otoño; los jovencísimos Salvador y Gaspar presumieron de haber robado muchas gallinas. A pesar de que la República podía haber dispuesto de tres cuartos de la producción agraria de España, además de casi toda la industria, el desorden la condenó a la desnutrición e incluso al hambre. Junto con la pésima organización del ejército, que comentaron muchas veces los Cerdá que en él sirvieron, queda sobradamente explicada su derrota.

Pepe recorrió varios destinos en el ejército republicano. En 1937 fue trasladado a Órgiva, un frente relativamente tranquilo en la Alpujarra, donde cruzó las líneas y, avalado por su tío Francisco («Paco») Olmedo Herrera, notario de Santa Fe, muy respetado en Granada, se incorporó al ejército insurgente. Pasó por muchos destinos, ninguno muy peligroso, ascendió a alférez provisional en Dar Riffián, el cuartel de la Legión cercano a Ceuta, y con ese grado

acabó la guerra y se licenció. La detención de su madre y sus cinco hermanas adultas fue una represalia por la desertión de Pepe.

Las presas fueron encerradas en las recámaras del Ayuntamiento de Cabra, pero ante el peligro que para ellas representaba el caos revolucionario, el alcalde gestionó su traslado a la prisión provincial de Jaén. En la sección para varones estaba Enrique; el encuentro fue una sorpresa para todos, pero la vecindad no fue duradera, porque Enrique fue trasladado a la catedral.

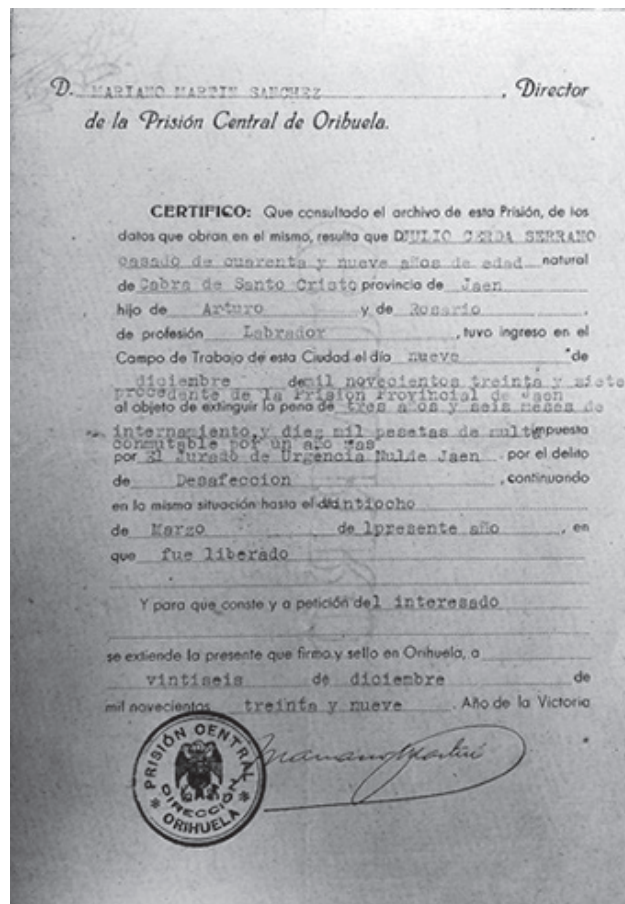
La prisión provincial de Jaén era nueva, construida al final del mandato de Primo de Rivera, pero había sobrepasado con mucho su capacidad. Lo peor que recordaban Alejandra y sus hijas fue el hambre y el miedo a represalias y *sacas*, que les hicieron perder la regla mientras estuvieron allí. Más fácil de lo que hubieran anticipado fue la convivencia con las demás internas, con su variedad de caracteres, actitudes y oficios, de prostitutas a monjas. Entre las secciones masculina y femenina se intercambiaban notas escritas abiertas y aun pequeños regalos. Uno de los presos, el poeta cabrileño Ginés del Peral, recopiló algunos diálogos versificados, con poemas propios y otros, mucho más ripiosos, de presas no identificadas. Estos textos tratan de superar los pesares de la cárcel con un tono alegre e irónico. Varias veces se alude a Alejandra y sus hijas, como a Rosario, la hija mayor, en este fragmento de la descripción de un teatrillo en noviembre de 1937:

*En la canción de la araña
Rosarito demostró
que sirve para robarle
a cualquiera el corazón.*

Su prisión terminó en abril de 1938. Para pasar al menos la primera noche de libertad les ofreció su casa «la Potrica», una madama que estaba en la cárcel por haber escondido

a «enemigos del pueblo»; se lo agradecieron muy sinceramente, pero se fueron con los hijos de Ricardo hasta volver a Cabra.

Los dos Cerdás y los dos Olmedos de la catedral tuvieron la relativa fortuna de ser trasladados el 09-12-1937 al Campo de Trabajo establecido en el seminario de San Miguel, en Orihuela. Un Jurado de Urgencia de Jaén los había condenado «por el delito de desafección» a tres años de cárcel y una fuerte multa, sustituible por más cárcel. A esa ciudad les siguieron sus familiares; se les permitía lavar la ropa de los presos y llevarles algunas cosas. Con su liberación el 28-03-1939 y el fin de la guerra se esfumaron las pesadillas de todos y volvieron a Cabra; al menos Enrique y Julio lo hicieron a pie.



Certificado de la Prisión de Orihuela a Julio Cerdá Serrano

Soldado republicano en la batalla de Teruel

Arturo fue llamado a filas por la República pese a que la Colectividad insistió en que era indispensable. Llegó a tiempo de ser enviado a la batalla de Teruel, que se desarrolló en durísimas condiciones invernales. La ciudad, sin interés estratégico y escasa guarnición, fue atacada a partir del 15-12-1937 por fuerzas veinte veces superiores a las suyas y 24 días después se convirtió en la única capital de provincia conquistada por la República en toda la guerra, pero solo para un dominio precario de 45 días, hasta el 22-02-1938. La aplastante contraofensiva insurgente hizo perder a la República, contando solo muertos y prisioneros, más de la mitad de los efectivos que había invertido; Arturo fue capturado durante la ofensiva final. Otros dos hechos trascendentes para esta historia fueron la detención del obispo de Teruel, Anselmo Polanco, y otras autoridades de la ciudad conquistada y el rápido avance de los insurgentes victoriosos en Teruel hasta la costa mediterránea. La conquista de Vinaroz (Castellón) en 15-04-1938 dividió el territorio republicano en dos zonas muy mal comunicadas y difíciles de coordinar.

Del frente de Teruel recordaba Arturo montañas con ventiscas a 20 bajo cero, ropa inadecuada, suministros insuficientes y el peso en las decisiones de los comisarios políticos, usualmente ignorantes del país, de la táctica y de la estrategia. Recordaba a unos rusos bañándose después de romper gruesas capas de hielo superficiales; los españoles no eran tan limpios.

Arturo fue trasladado al campo de prisioneros de Orduña (Vizcaya). Sus familiares siempre dijeron que en una de las retiradas se había rezagado intencionadamente para pasarse al otro bando. Sus camaradas de Cabra no lo creyeron. En una de mis raras visitas al pueblo, en 1952, jugaba yo en la plaza

cuando me llamó un grupo de hombres con aspecto de jornaleros. «¿Tú eres hijo de Arturo, ¿verdad? ... En tu familia te dirán lo que quieran, pero tu padre siempre fue uno de los nuestros y lo sigue siendo».

De todas maneras, el entusiasmo de Arturo por la República había sido destruido irreversiblemente por el encarcelamiento de su familia, el desorden social, la mala organización militar y las terribles experiencias en el frente de Teruel.

Soldado insurgente en la batalla del Ebro

En Orduña, Arturo persuadió a las autoridades para que contactaran en Granada con Paco Olmedo, el notario. Avalado por él, fue puesto en libertad y, encontrándose en edad militar, fue incorporado al ejército insurgente. Los dos hermanos Cerdá habían cambiado de bando.

El ejército insurgente no mostró ninguna confianza en Arturo. Nunca pasó de soldado, cuando su nivel técnico y cultural y su experiencia militar le hubieran cualificado para ascensos inmediatos. Tras la victoria de Teruel, los insurgentes habían empujado al frente de Aragón hacia levante y en 04-1938 habían conquistado toda la parte de la provincia de Tarragona a poniente del Ebro. En vez de continuar hacia Barcelona, entonces capital de la República, el ataque viró hacia Valencia. La gran curva del Ebro, donde el río se dirige al sur, se convirtió en un frente relativamente tranquilo y a él fue enviado Arturo como parte del llamado Ejército Marroquí, de variopinta composición.

Allí precisamente jugó la República su última gran baza en la guerra. Compuso un gran Ejército del Ebro, pertrechado con materiales soviéticos recién llegados, y una noche, la de 25-07-1938, el río pasó, ¡ay, Carmela! El V Cuerpo de Ejército cruzó simultáneamente por varios lugares y avanzó aprisa por la enrevesada geografía del lugar.

Arturo cayó prisionero; recordaba haber formado parte de un grupo de una veintena de hombres que se retiraba por un barranco cuando se encontraron completamente rodeados desde las alturas.

Así terminó la actividad bélica de Arturo. Había participado, en bandos opuestos, en las dos mayores batallas de la guerra civil; en ninguna mostró ardor guerrero ni recibió condecoración o mención honorífica alguna.

A Paco Olmedo llegó en Granada un comunicado militar que declaraba a Arturo Cerdá Olmedo «desaparecido y presumiblemente muerto el 26-07-1938 en el frente de Gandesa, sector de Mora de Ebro». Paco organizó misas de difuntos a las que asistieron los numerosos familiares de Granada y de Pulianas.



Castillo de Cardona.

Prisionero en el castillo de Cardona y fuga

Las malas comunicaciones entre los dos territorios de la República, separados desde la conquista de Vinaroz, salvaron presumiblemente la vida de Arturo, porque sus captores no se enteraron de sus antecedentes en Cabra. Fue llevado, no sé si directamente, al castillo de Cardona (Barcelona), con más de

mil años uno de los más antiguos de España, ahora un magnífico Parador Nacional, pero entonces muy maltratado por guerras y abandono. Está sobre un monte muy agudo en el que la centenaria excavación de sal de roca ha agudizado más las laderas. Los prisioneros estaban encerrados en unos mil metros cuadrados que suman la iglesia colegiata y su cripta, obra del románico primitivo, impresionante, pero nada atractiva como residencia escasa de todo, menos de internos y de miedo a *sacas* y represalias.

La vida de Arturo fue iluminada por la compañía y la amistad de Anselmo Polanco, el obispo de Teruel. Creo haber entendido que fue en Cardona, pero no he confirmado esta presencia en la biografía del ahora Beato Anselmo. Arturo cambió por completo: totalmente descreído desde su estancia en Madrid, se convirtió a una religiosidad serena y profunda, con una nueva visión de la vida y del mundo. Anselmo y otros prisioneros fueron sacados con destino desconocido, que meses después fue su fusilamiento (07-02-1939) muy cerca de la frontera francesa. Otro exprisionero que encontré por casualidad me confirmó esa relación y que Arturo, mucho más maduro que los jóvenes reclutas que le rodeaban, les transmitía tranquilidad y esperanza.

La derrota aplastante de la República en el Ebro volvió a los guardias de Cardona cada vez más nerviosos porque se sentían en peligro, pero mucho más peligro sintieron los prisioneros. Uno de los guardias, que decía no tener delitos de sangre y no quería exiliarse, propuso a Arturo un trato: en uno de sus turnos de centinela nocturno dejaría salir a ocho prisioneros si le prometían interceder por él ante los vencedores del cercano final de la guerra.

Los fugados escaparon y marcharon a pie hacia Francia por las provincias de Barcelona y Gerona. La distancia en línea recta es de

unos 60 km, pero el terreno es muy agreste, con las cadenas aproximadamente paralelas del Cadí y el Puigmal, a más de 2000 metros sobre el mar y valles altos; la capital comarcal, Berga, está a 600 m sobre el mar. Estaban débiles y desnutridos, a toda costa tenían que evitar ser reconocidos para no ser fusilados y hacía mucho frío en aquellos días de cambio de año. Se escondían de día, caminaban de noche y evitaban todo contacto humano. Después de varios días de marcha se sentían tan desesperados que decidieron acercarse a una masía de montaña y explicar su situación a un payés. No solo no les denunció, sino que les acogió amablemente, les dio bien de comer y les proveyó de ropa y vituallas.

Avanzado ya enero de 1939 los fugados llegaron a Francia y se entregaron a los *garde-frontières*, que no podían creer que fueran del bando vencedor y no de los exiliados republicanos que empezaban a llegar en masa. Fueron internados con estos en un campo de concentración en los alrededores de Perpiñán. Arturo no guardó buen recuerdo de la acogida, pero los franceses les trasladaron por ferrocarril a la frontera de Hendaya y los devolvieron a España, donde Arturo se reincorporó al Ejército y atestiguó en favor del centinela de Cardona.

Entre tanto la familia de Arturo se había enterado de su muerte y había regresado a Cabra. Tanto mayor fue su sorpresa cuando le oyeron hablar y le vieron aparecer sin haber recibido preaviso alguno.

El paso no muy alegre de la paz

El rápido colapso final de la República, ya carente de fronteras internacionales, dejó a muchos miles de republicanos con responsabilidades políticas y crímenes de sangre enfrentados a una paz que no fue generosa ni conciliadora. La represión fue casi siempre formalista, a menudo burda y a veces vengativa.

Con la organización de maquis el Partido Comunista intentó prorrogar la guerra hasta la caída del nuevo régimen, que imaginaban fugaz; la partida más activa y violenta en la comarca de Mágina fue la de los Chaparros, que fue exterminada en 1946. Además hubo *desertaos*, que se escondieron armados en el monte, pero no se asociaron a los maquis; uno de ellos fue Dionisio el Sastrillo, que sobrevivió casi cinco años en los alrededores de Cabra hasta morir en circunstancias controvertidas, probablemente por disparos de la Guardia Civil. Sebastián, el alcalde, que se había unido a una columna militar formada por milicianos socialistas, fue fusilado en Jaén en 1939; se le achacaba haber torturado y quemado a cuatro vecinos de Alicún de Ortega y de Dehesas de Guadix.

Enrique y Miguel recuperaron sus propiedades, vendieron sus domicilios y se fueron con sus familias a Granada. En Cabra se dijo: «Míralos, se van con una mano delante y otra detrás. Verás qué pronto vuelven», pero la emigración fue permanente y ninguno de sus descendientes reside en Cabra.

Enrique había salido de la guerra muy deteriorado y murió en 1942, a los 61 años. Sus tres hijos varones, tres de sus hijas y los dos hijos varones de Miguel encontraron empleos, todos en el sector público. El hijo de Miguel también llamado Miguel, licenciado en Derecho justo antes de pasar toda la guerra en prisión, fue nombrado juez en un tribunal militar (¿dónde encontrar candidatos objetivamente desprejuiciados?); se negó a firmar sentencias de muerte, renunció al cargo y se hizo notario.

Arturo y Magdalena se casaron y se establecieron en Guadix, a donde había sido destinado por el Servicio Nacional del Trigo. Como le negaron repetidamente el certificado de adhesión al régimen exigido para la función pública, su contrato era atípico y carente de derechos, como el de pensiones

de viudedad y orfandad para su familia. El severo deterioro de la capacidad productiva por la guerra dio lugar a escaseces que el nuevo Estado intentó canalizar a través de cartillas de racionamiento igualitarias. El Servicio compraba y distribuía todo el trigo en monopolio exclusivo para garantizar la disponibilidad de lo que era y es la fuente principal e indispensable de energía alimentaria. Los precios oficiales del trigo y la harina eran relativamente altos, pero los de *estraperlo* eran desorbitados. Arturo recorrió en todo género de vehículos hasta los más recónditos barrancos de Sierra Nevada en busca de antiguos molinos harineros reactivados clandestinamente. En 1951 se trasladó a Granada, donde diversificó sus ocupaciones, incluyendo la investigación de nuevas variedades de trigo y cebada y la introducción de nuevos cultivos, como el arroz y el algodón. La precaria salud que arrastraba le llevó a morir el 12-10-1956, una de tantas víctimas retrasadas de la guerra.

En la posguerra Arturo conservó la religión que había adquirido con el obispo de Teruel y la transmitió a su familia, a la que llevaba a misa dominical y juntos rezaban el rosario antes de cenar. No tenía a la Iglesia en mucha consideración, pero era muy activo en

la caridad directa y personalizada de las Conferencias de San Vicente de Paúl.

Su visión del mundo y de la vida se apoyaba en unos principios claros. Admiraba el esfuerzo personal, sobre todo puesto al servicio de los demás. Creía que quien hiciera vivir a dos personas con la tierra que antes solo permitía vivir a una sería más útil a la humanidad que todos los políticos juntos, una expresión parecida a la de Jonathan Swift que probablemente desconocía. Detestaba todos los totalitarismos por inadaptados a la naturaleza humana y estaba seguro de que tanto el comunismo como el franquismo se extinguirían por sí mismos, sin necesidad de una guerra como la que acabó con los nazis. Lo único sensato en la guerra civil hubiera sido irse de España.

Nota del autor

Este texto se basa fundamentalmente en los recuerdos de mis conversaciones con mi padre, fallecido a los 45 años de edad cuando yo tenía 14, y con muchas otras personas. Los recuerdos son frágiles, pero los que más marcan nuestra vida perduran. Los he confrontado con textos publicados, sobre todo el artículo de Manolo Garrido Palacios en el número 3 de «Contraluz».



Arturo Cerdá Olmedo, fotografiado de niño, durante la República y poco antes de su muerte.